

Si habia de ella algo más.
Lazo que siempre llevé
Sobre el corazon sujeto,
Ha sido santo amuleto
Que le dió esperanza y fé;
Y hoy dos que á mi madre amamos
Sus cabellos repartimos,
Y los dos la bendecimos,
Y los dos por tí rogamos:
Pero pidiéndole á Dios
Que á tu alma ver no permita
La desventura infinita
Que nos dejas de tí en pós.
Por mí, padre, bién has hecho:
Yo me avengo á tál castigo:
¡Dios para hacer tál conmigo
Te acuerde cual yo derecho!
Tu política tenaz
Te humilló y te empobreció:
En sus promesas falaz
Te abandonó y te olvidó.
De sentimiento incapaz
El corazon te secó:
Y en tédio amargo y voraz
Lejos de mí te mató.
La política mendaz
Fué la que te descarrió.

Espíritu, duerme en paz:
Contra tí... ni Dios ni yo.
Mi poesía tenaz
Los plazos por tí cumplió:
En sus promesas veraz,
Del olvido te sacó:
De una inmensa fé capaz,
Mi cariño te guardó;
La política mendaz
Que no me contaminó
Á ser te arrastró, falaz,
Ciego sí, mal padre no.
Espíritu, duerme en paz.
Erraste tú, pequé yo.

XLIX.

Dios, que las conciencias vés,
Sé para mi padre ciego:
La pena de ambos te ruego
Que á mí en la tierra me dés.
Sirva á ambos de espiacion
La existencia solitaria
Que he llevado como un pária
De la civilizacion.
Dígnate en cuenta tomar

Que los versos que él maldijo
Son Sambenito que el hijo
Penitente ha de llevar.

Y que toma en cuenta ten
Por igual como favores
Los silbidos y las flores
Que por sus versos le den.

Y en cuenta ten que, en su afán,
Con esos versos malditos
Se ha de ir confesando á gritos
Y mendigando su pan.

Dios mio! aunque yo infeliz
Viva mucho, y mal acabe,
Yo solo de entrambos lave
Hasta el último deslíz.

Dáme de mi posición
Conocimiento profundo,
Para no ser en el mundo
Fariseo ni bufón.

Dáme ¡Dios mio! humildad
Que en la eternidad me abone,
Y como tú me perdone
Mi padre en la eternidad.

L.

Villa en que heredar debí
Casa y fincas solariegas

Y que hasta el polvo me niegas
Del barro de quien nací;
Adios!—Pues ya para mí
No hay en tí lecho, ni hogar,
Que derecho á reposar
Vivo ni muerto me acuerde
En él,... ¡á Dios!.... ¡qué se pierde
Con que me pierda en el mar?

LI.

Deja la tierra, corcel,
De este lugar trás de tí.
¡Hasta las piedras en él
Manan lágrimas de hiel
Y vergüenza para mí!

Corre, que ya esta carrera
Vá á ser tal vez la postrera
En que tus lomos me dás:
Corre y dejemos atrás
Toda su comarca entera.

Corre; y de correr no ceses
Hasta dar en las campiñas
Y los valles Burgaleses:
Atropella por sus mieses,
Atraviesa por sus viñas.

Corre; ya veo á lo lejos
De sus cerros solitarios
Los ruinosos castillejos,
Y los gayos campanarios
De sus pardos lugarejos.

Ya entramos en su distrito:
Corcel, tu paso conten
Por aquí; que necesito
Buscar aquí un pueblecito
Que para mí es un eden.

Castilla, cuyos castillos
Hoy en escombros abruman
Tus débiles lugarcillos,
Y cuyas ruinas perfuman
Las sálvias y los tomillos:

Te llevé fotografiada
Por donde fuí en mi memoria;
No he olvidado de tí nada:
Jornada sé por jornada
Toda tu tierra y tu historia.

Héme aquí en terreno amigo;
Conozco el rumbo que sigo
Palmo á palmo: sí, allí están
El hidalgo Villodrigo
Y el moro Villaquirán.

Allá Pampliega en el cerro

Que su alta nobleza abona,
Alzando una cruz de hierro
Do llevó Wamba á un encierro
Su cabeza sin corona.

Aquí la vieja Celada
A cuyos piés agua corre
Del Arlanza descauzada:
Y allá Torre la almenada,
Y allá Santiuste sin torre.

Allá detrás de una cuesta
Veo de Villaldemiro
La iglesia en un cerro puesta:
Y de aquel pico en la cresta
Los restos de Muñó miro.

¡Quién así te maltrató
¡Oh Muñó! en ausencia mia,
Que tan pobre te dejó
De las piedras con que un día
Torrëado te ví yo?

¡Pobre Muñó! á duras penas
Conozco ya tus cimientos:
Y tus torres con almenas
Y tus puentes con cadenas
Son ya un cuento de mis cuentos.

¡Pobre Muñó! todavía
Por tus recuerdos te adoro;

Y no está lejos el día
En que halle mi poesía
En tus ruinas un tesoro.

¡Pobre Muñó! tú me distes
En mi juventud abrigo,
Y debo hoy que envejecistes
Probarte que en mí adquiristes
Entonces un buen amigo.

Solo te queda un cantar
Que recuerda tu fin triste:
Y yo sé cómo evocar
Á alguien que pueda contar
Á tu pesar lo que fuiste.

Pero... ¡Adios!—No formes queja,
Muñó, si adelante sigo
Entre Arroyo y Villavieja:
Que pararme no me deja
Uu afan que vá conmigo.

Voy á buscar un lugar
En donde tengo un altar
En el que antes de morir
Quiero á mi ángel tutelar
Evocar y bendecir.

Allí trás aquella loma
Al pié de una torrecilla
Blanca como una paloma,

Las pardas tejas asoma
De sus casas Quintanilla.

¡Bendito el pobre lugar
Donde mi madre nació!
¡Bendito el modesto hogar
Donde la luz á mirar
Sus negros ojos abrió!

¡Bendito el aire que aliento
Inspirando en su pulmon,
La dió vital sentimiento
Con el primer movimiento
Que imprimió á su corazón!

¡Bendita sea la estancia
De esta casa oscura y fria,
Donde durmió en la ignorancia
Anjelical de la infancia
El sueño del primer día!

¡Bendita sea la campana
Con que tocó á su bautizo,
Y la fuente de que mana
El agua con que cristiana
El sacerdote la hizo!

Madre á quien idolatré,
Y con quien nunca viví,
Y cuya vida amargué....
¡Porque tál mi sino fué....

Porque Dios lo quiso así!

Madre, de cuyo cariño
Tan pocos años gocé,
De quien me apartaron niño,
Y á quien, indócil lampiño,
Yo obedado abandoné:

¡Con cuánto afán busco ahora
Cuanto dejaste trás tít!
¡Con cuánta fé mi alma adora
Cuanto imagino, señora,
Que guarda algo tuyo aquí!

De estas llaves y aldabones
De ventanas y portones
Se aseguraron tus manos,
Y sobre estos escalones
Tus piececitos enanos.

Bajo este envigado techo
Sonó aquella voz tan suave
Que salía de tu pecho:
Que Dios para tí había hecho,
Como el canto para el ave.

En este rincón tenías
Tu lecho casto y modesto:
Y aquí ante la luz ponías
El espejo en que veías
Tu faz, y tocado honesto.

Por estas calles pasaste,
Por estas eras corríste,
En esta iglesia rezaste. . . .
¡Madre, por qué no me ahogaste
Cuando la vida me diste!

¡Por qué de la madre tierna
No pudo más el amor
Que la vanidad paterna,
De quien nos tuvo el rigor
En separación eterna!

¡Por qué á extraños al fiar
Mi padre mi educación,
Antes que á tu hijo soltar,
No te dejaste arrancar
Los brazos y el corazón?

¡Qué necesidad había
De lanzarme al mundo vano,
Á mí que adorado habría.
La ignorada medianía
Del labrador castellano?

¡Qué nos importaba en él
Con humos de alta nobleza
Salir á hacer un papel,
Si en la alma se torna hiel
El humo de la cabeza?

¡Aquí habiéramos vivido,

Madre, los dos t n felices!
Nos hubieran mantenido
T n bien sin gloria y sin ruido
Nuestros granos y raices!

Te hubiera aqu  sin cesar,
Pues que tu solo hijo fu ,
D a y noche hasta espirar
Al calor de nuestro hogar
Tenido yo junto   m .

Nadie hubiera de m  hablado,
Mi me hubieran aplaudido,
Ni me hubieran coronado,
Ni en su c mara sentado
Me hubieran reyes tenido....

P ero hubiera sido honrado,
Y feliz hubiera sido,
Viviendo siempre   tu lado
Por t  en tu hogar cobijado
Como el pichon en su nido.

Mejor que en tierras estra as
En mesas de Emperadores
 Oh madre de mis entra as!
Comiera yo en sus caba as
Pan tuyo con tus pastores;

Y cuando tus ojos Dios
Cerrado hubiera   la luz,

Al morir yo de t  en pos,
Bastara para los dos
Una tumba y una cruz.

 Delirios!—H cia la mar
Me arrastra ya mi deber.
 Adios villa! Adios, hogar
Que   ella la v steis nacer
Y   m  venirla   llorar!

LII.

V rjen Santa de Mu o,
Soledad de Quintanilla,
  quienes mi madre y yo
Or bamos cuando  un no
Se hablaba de m  en Castilla,

Pues que ni vivi  conmigo,
Ni he de tener al morir
Con ella en la tumba abrigo,
Abreviadme ¡ay! el castigo
De mi vida porvenir.

Pues no me podeis volver
Ni   la oscuridad de ayer,
Ni   la calma de mi hogar,
Ni   la que en  l me di  el s r....
 Enviad tormentas al mar!

Que del buque en que á él me lance
Vaya un huracán en pós,
Y en él de mi muerte el trance
Tán solo á saber alcance
El mar en que le hunda Dios!



Libro quinto.

—
¡VÆ VICTIS!

—
EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

(19 JUNIO 1867.)

I.

Honda inquietud el alma me atribula,
Vago terror el corazon me prensa:
Miro al cielo, y el aire que le azula
Ennegrece á mis ojos niebla densa:
Sondéo el porvenir, y se acumula
En su horizonte tempestad inmensa;
Quiero cantar, y el llanto me sofoca:
Orar, y no hallo preces en mi boca.